

Contenido, Año B

Los Domingos de Adviento y el Tiempo de Navidad

Primer Domingo de Adviento	4
Segundo Domingo de Adviento	5
Tercer Domingo de Adviento	6
Cuarto Domingo de Adviento	7
La Navidad	8
La Sagrada Familia	9
Epifanía	10
El Bautismo del Señor	11

Tiempo de Cuaresma

Primer Domingo de Cuaresma	12
Segundo Domingo de Cuaresma	13
Tercer Domingo de Cuaresma	14
Cuarto Domingo de Cuaresma	15
Quinto Domingo de Cuaresma	16
Domingo de Pasión	17

Domingo de Pascua domingos del Señor

Domingo de Pascua	18
Segundo Domingo de Pascua	19
Tercer Domingo de Pascua	20
Cuarto Domingo de Pascua	21
Quinto Domingo de Pascua	22
Sexto Domingo de Pascua	23
Ascensión	24
Pentacostés	25
La Santísima Trinidad	26
El Cuerpo y la Sangre de Cristo	27

Las Historias Evangélicas de Jesús

Domingos tiempos ordinario

Segundo Domingo en Tiempo Ordinario	28
Tercer Domingo en Tiempo Ordinario	29
Cuarto Domingo en Tiempo Ordinario	30
Quinto Domingo de Cuaresma	31
Sexto Domingo en Tiempo Ordinario	32
Séptimo Domingo en Tiempo Ordinario	33
Octavo Domingo en Tiempo Ordinario	34
Noveno Domingo en Tiempo Ordinario	35
El Décimo Domingo en Tiempo Ordinario	36
Undécimo Domingo en Tiempo Ordinario	37
Duodécimo Domingo en Tiempo Ordinario	38
Decimotercer Domingo en Tiempo Ordinario	39
Decimocuarto Domingo en Tiempo Ordinario	40
Decimoquinto Domingo en Tiempo Ordinario	41
Decimosexto Domingo en Tiempo Ordinario	42
Decimoséptimo Domingo en Tiempo Ordinario	43
Decimooctavo Domingo en Tiempo Ordinario	44
Decimonoveno Domingo en Tiempo Ordinario	45
Vigésimo Domingo en Tiempo Ordinario	46
Vigésimo Primer Domingo en Tiempo Ordinario	47
Vigésimo Segundo Domingo en Tiempo Ordinario	48
Vigésimo Tercer Domingo en Tiempo Ordinario	49
Vigésimo Cuarto Domingo en Tiempo Ordinario	50
Vigésimo Quinto Domingo en Tiempo Ordinarios	51
Vigésimo Sexto Domingo en Tiempo Ordinario	52
Vigésimo Séptimo Domingo en Tiempo Ordinario	53
Vigésimo Octavo Domingo en Tiempo Ordinario	54
Vigésimo Noveno Domingo en Tiempo Ordinario	55
Trigésimo Domingo en Tiempo Ordinario	56
Trigésimo Primer Domingo en Tiempo Ordinario	57
Trigésimo Segundo Domingo en Tiempo Ordinario	58
Trigésimo Tercer Domingo en Tiempo Ordinario	59
Para compra de libros	60

Usted no sabe ni el día ni la hora...

Las murallas de Jerusalén se destacaban como acantilados desde el Valle Kidron. Al otro lado, en las laderas, en el campamento sobre el Monte de Olivos, Jesús y sus discípulos estaban sentados mirando las sombras de la tarde que subían lentamente las murallas de la fortaleza.

Más abajo, en la ladera, el Jardín de Getsemani ya había sido tragado en la arena movediza de la oscuridad. Sólo la débil luz de una pequeña fogata levemente trazaba la entrada a la gruta del jardín.

Andrés suspiró y se recostó contra el tronco de un árbol “Parece que están cerrando la puerta allá abajo,” dijo.

“Sí, vi, los guardias están en sus puestos” anota Felipe.

Jesús miró hacia sus dos discípulos, apoyándose sobre su codo derecho, “Tal como ellos estarán vigilando esta noche; así también; tú, Andrés y tú Felipe. ¡Manténganse alertas! Ustedes no sabrán cuando llegará la hora señalada.”

Sin haber comprendido a Jesús, Andrés le preguntó “Esta noche, ¿tengo que estar de velada toda la noche?”

Jesús le explicó que hablaba de una imagen más grande, la venida del Hijo del Hombre. Los otros discípulos se acercaron más.

“Es como un hombre que viajando en el extranjero” empezó Jesús, “sale de su casa y deja encargados a sus siervos, cada uno con sus responsabilidades; y manda al portero que vigile alertamente. ¡Manténganse alertas! Uds. no saben cuándo el amo de la casa va a venir, si en la tarde, a la medianoche, cuando cante el gallo, o temprano al amanecer.”

“Con tantos ladrones en el camino de la noche”, dijo Andrés, todavía sin caer en cuenta, “El amo no caminará de noche, si lo hiciera, cogería a la guardia de sorpresa.”

Jesús sonrió pacientemente y miró la cara de los otros y volvió la vista hacia Andrés, “Excelente punto, Andrés” dijo Jesús agregando, “no dejes que venga de repente y te encuentre dormido.”



Nadie comentó ni dijo nada por un momento. Fijaron la atención otra vez en las antorchas que se movían sobre las murallas de Jerusalén. Jesús concluyó, “Lo que les digo a ustedes se lo digo a todos; ¡Estén prevenidos!”



Vivimos nuestra vida al margen. Estamos balanceados entre la vida y la muerte. Cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. No puede haber nada más verdadero que las palabras de Jesús. Uds. no saben cuándo llegará la hora señalada. Nos quedamos con esta advertencia del Evangelio – que nos preparemos para el fin del mundo, recordando también el mensaje de la semana pasada: Que amarnos y cuidarnos los unos a los otros es amar y cuidar a Jesús.

Habla un profeta

“¡Mira, lo está haciendo de nuevo!” El joven le picó a su amigo con su codo y apuntó hacia el hombre violento que estaban parado en el Río Jordán con el agua hasta la cintura. Estaban mirando a un hombre que tenía la cabellera como la de un león. El hombre salvaje estaba parado en el Río Jordán. El agua le llegaba hasta la cintura, y metía la cabeza de otro hombre debajo del agua. Al otro lado del río muchas personas miraban el espectáculo.

El hombre del río con la cabellera salvaje parecía un profeta y muchos así lo pensaron. Traía puesto un cuero de camello que se ataba alrededor de la cintura con un cinturón de piel. Estudiantes en leyes puede que hayan notado que ropa hecha de cabello de camello fue usada por el gran profeta Elías.

“¿Qué está haciendo, tratando de ahogar a ese hombre?” preguntó el otro joven. Un anciano cerca de ellos los escuchó y trató de explicar.

“No lo está ahogando. Al hombre se le está lavando. Se le está purificando para que pueda convertirse en judío como nosotros.” Los tres miraban cuando el hombre que se había bautizado trataba de ponerse de pie y caminar a la orilla del río con Juan. Alguien había recuperado el bastón y se lo entregó al escalofriado hombre. A la orilla del agua, Juan levantó sus brazos y gritó en exultación.

Alguien de la muchedumbre habló. “¿Eres tú el profeta, el Mesías, el que ha de venir?” Hubo un silencio, con sólo el ruido del río. La voz de Juan sonó como un trueno sobre el desierto: “El hombre que vendrá después de mí es mucho más grande que yo. Yo no soy digno de agacharme y desatarle sus huaraches. Yo los bautizo con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo.



¿Quién es el profeta en su vida? Todos hemos tenido la experiencia con alguien como Juan el Bautista—alguien que fue un heraldo en el desierto de nuestra vida. Pudo haber sido un familiar, un amigo o alguien quien nos hablaba a través de las páginas de un libro. Quizá este Profeta en su vida era un sacerdote, una religiosa, un diácono o un hermano. Quien haya sido, ellos le anunciaron a Jesús.

En este Segundo Domingo de Adviento podemos recordar esa alegría y júbilo que llenó nuestro corazón cuando verdaderamente recibimos la Buena Nueva de que Jesús ya estaba entre nosotros y que nos estaba bautizando con el poder del Espíritu Santo.

Una voz en el desierto...

Desde lo alto del Río Jordán, la multitud de gente lo miraba con curiosidad. Él parecía un salvaje vestido en garras hechas de pieles de camellos. Estaba sentado en una piedra a la orilla del río. Se quedaron por largo tiempo, viéndolo y esperando.

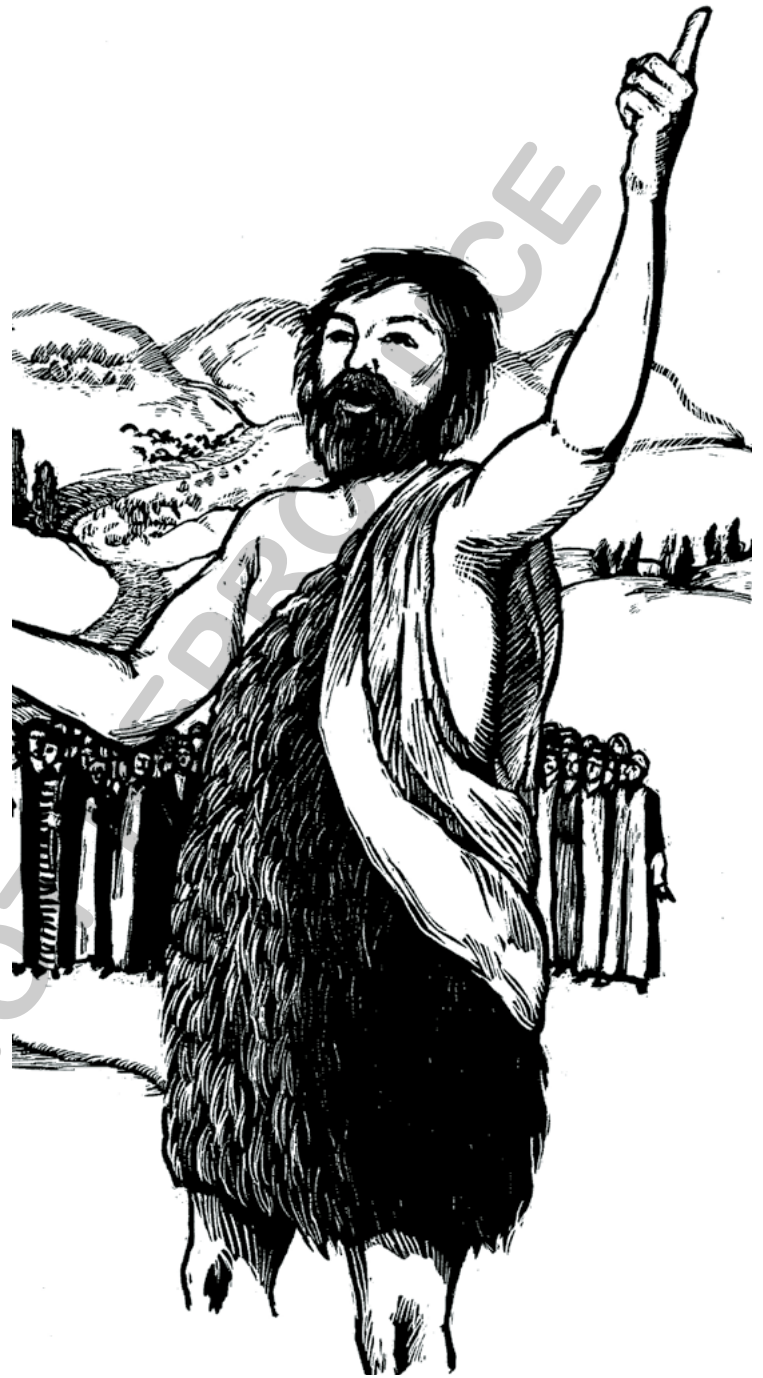
Juan sentía el calor y el frío a la vez. Él sol de la mañana se sentía sabroso en su espalda, espantando el escalofrío de la noche. Él sentía el agua fría corriendo sobre sus pies. Fijó su mirada en la corriente del río, peridido en pensamiento de quien iba a venir.

Sus ojos estaban húmedos por la emoción al recordar la potente revelación que Dios le había hecho aquella distante noche. Juan recordaba haberse despertado en la oscuridad encontrándose con la cálida presencia de Dios sobre él.

El sol de la mañana le recordaba el calor seguro que él sintió en la brillante llama de la Revelación. Sólo allí. En la asombrosa brillantez, él vino a saber su llamada. Él fue escogido para anunciar la venida de la luz de Cristo a este mundo. Él será una voz en el desierto, gritando la buena nueva que ha de venir.

Juan se levantó y volteó a ver la gente en la orilla del río. La luz del sol hacía una silueta de la muchedumbre que lo miraba. Él sabía que muchos tenían preguntas. Algunos sin duda habían sido enviados por los fariseos para atraparlo haciéndole preguntas de doble filo. Él sabía que muchos de ellos creían que él estaba loco. Juan había visto sus visajes. Él ya había oído sus murmuraciones y risas burlonas. Sin embargo, Juan sabía que estaba lleno del poder de Dios. Él ardiente espíritu de Dios estaba sobre él y en él y pronto estaría ante él en las aguas de Jordán.

Desde la orilla del río él les gritaba con fuerza. “Háganle derecho el camino al Señor.” Sus palabras rompieron el silencio de la mañana. Él sentía el latido de su corazón que se apresuraba al subir hacia la gente. ¡él los haría creer!



Juan les proclama a las muchedumbres “Hay uno entre ustedes a quien no reconocen.” Nosotros, como Juan, también somos llamados a proclamar la venida del Señor. Se nos invita a decirles a todos los que conocemos: “¡Alégrense!, ¡Alégrense! ¡Alégrense mucho! Nuestro Señor ya viene.”

En aquellos tiempos en Nazaret...

Las primeras estrellas de la noche brillaban sobre la jovencita. Agarró su delantal y lo puso a sus mejillas donde las lágrimas todavía la mojaban. Sus manos temblaban. Su corazón golpeaba hasta que no podía respirar.

¡El hombre, un extranjero, había desaparecido! Se desapareció en un parpadear de ojos. En donde había estado parado. Sólo se veía la luz de la noche.

¡Pero sí que lo había visto! María lo había visto y le había hablado. Sus palabras todavía estaban en su mente— palabras raras, diciéndole que Dios la había escogido... que ella iba a dar a luz a un rey...y que el nombre de este rey sería Jesús.

La imagen del hombre todavía la tenía presente. Su cara parecía brillar con su propia luz. María estaba sola, caminando por la tarde, cuando lo vio parado allí en su camino. él le sonrió y le dijo “¡Alégrate!”

María todavía estaba en el mismo lugar como congelada de miedo. Quería correr, pero no podía ni moverse.

El silencio de paz que caía sobre todo Nazaret empezó a calmarla. Se dio cuenta de que no iba a continuar su paseo. ¡Nada sería lo mismo jamás! Temblando rompió a correr por el camino hacia su casa.

María entró de golpe por la puerta abierta de su casa casi atropellando a Ana y a Joaquín que juntos estaban encendiendo una lámpara. Muy sorprendida, Ana la vio y le preguntó, “¿Ya estás de regreso tan pronto?”

María no podía ni hablar. Sus palabras se quedaron atoradas en su garganta y de repente comenzó a llorar.



Su madre la abrazó mientras que ondas de una alegría inexplicable le estremecía su corazón. “¿Qué pasa, hijita?” le preguntaba Ana mientras acariciaba el largo pelo de su hija. Como si el cielo lo explicara a todo por ella, María señaló hacia la estrellada noche. Una estrella parpadeó y María supo que era el hombre extranjero. ¡¡Sí, todo era verdad!!



Aún hoy, después de tantos años, todavía compartimos la Anunciación. Nosotros, como María, somos llamados a creer. Somos llamados a saber que todo es verdad. ¡Somos llamados por el ángel Gabriel, ahora, en nuestra vida y tiempo, a que nos alegremos! Porque nos será dado un Hijo y el gobierno estará sobre sus hombros y su nombre será llamado Maravilloso, Consejero, Dios Todo Poderoso, El Padre Eterno, El Príncipe de la Paz.



La Navidad - Lucas 2: 1-14

La noche más feliz del mundo

Cuando el cielo de la noche empezó a rayarse de luz, Aachim de nueve años gateó apresuradamente hacia su manada de ovejas. En la luz creciente, el niño pastor con miedo se resguardó al lado del Viejo Moto como si su oveja favorita lo pudiera proteger.

La cúpula de la noche se miraba como si una jarra de leche de cabra se estuviera vaciando en su tazón. Lo blancura se esparcía en finas nubes conducidas sobre un fuerte viento. La luz pálida se espesó y empezó a formarse en la figura de una mujer con los brazos extendidos. De repente la luz lechosa tomó vida y un ángel flotaba sobre Aachim. Sus túnicas blancas brillantes ondeaban sobre ella.

Aachim se presionaba más fuerte contra el Viejo Moto, sus ojos fijos en la visión sobre él. El ángel era joven y su rostro era bello. S

empezaron a cantar “Gloria a Dios.” El coro llenó el

cielo y se derramaba sobre los cerros como lluvia suave.

El ángel le habló a Aachim, diciendo “No tienes nada que temer. ¡Vengo a proclamar las buenas nuevas! Te estoy trayendo noticias de gran alegría para ser compartidas con toda la gente. Este día en la Ciudad de David un Salvador les ha nacido, el Mesías, y Señor. Que ésta sea una señal para ti: en un pesebre encontrarás a un infante envuelto en pañales.”

En la luz de los cielos Aachim podía ver hasta abajo de los cerros, hacia Belén donde la tienda de campaña de su familia estaba puesta. Dejando las ovejas detrás, corrió casi cayéndose, hacia su tienda de campaña. Cuando llegó a su tienda de campaña los ángeles se habían disuelto entre el estrellado cielo nocturno. La mamá y el papá de Aachim ya estaban de pie, parados en frente de la tienda de campaña mirando hacia las estrellas. Una estrella brillaba tan luminosa como la luna y juntos, la pequeña familia caminó en su dirección.

Una multitud de pastores se había reunido en la entrada al pesebre de los animales detrás de la posada de Belén. Aachim y sus padres se abrieron paso hacia el frente de la muchedumbre para ver. Tal como el ángel había dicho, estaba una mujer cargando a un recién nacido. Sus rostros eran dorados en la parpadeante luz de la antorcha encendida. Aachim escuchó a uno de los pastores compartir lo que había aprendido. “Ellos son José y María de Nazaret. El nombre del niño es Jesús.”

Todos se quedaron viendo la escena. Era tal como el ángel lo había dicho. Aachim se preguntaba qué significaban las palabras extrañas cuando dijo que este niño iba a ser un Salvador, un Mesías.

Aachim sintió las manos de su mamá suavemente descansar en sus hombros. Miró hacia arriba a sus ojos arrasados de lágrimas. Una cálida brisa los acarició mientras estaban parados sin poder moverse atemorizados y maravillados. Sus ojos se iluminaban cuando le sonreía. En ese momento, Aachim se dio cuenta de que ahora ya había cientos de Ángeles llenando el firmamento. Primero suavemente, pero intensificándose, sus voces



Cada Navidad el mundo se queda paralizado en asombro y admiración entre los pastores que fueron al pesebre en esa primera noche. Para admirar en la manera en que Dios escoge nacer entre nosotros como un recién nacido. A maravillarse de cómo Dios nos ama tanto como para vivir y caminar entre nosotros — un Dios que morirá por nosotros.

En este niño está el gran regalo de la vida eterna. ¿Qué más podríamos pedir? Verdaderamente es “¡La noche más feliz del mundo!”

El Conocimiento

Era el mes judío de Abib, y manteniendo la tradición, la familia de Jesús salió hacia Jerusalén donde, en el gran templo, Jesús, como primogénito, sería consagrado y dedicado a Dios.

José cargaba la jaula que contenía las dos palomas y le sonrió a María, quien cargaba a su hijo en sus brazos.

“Mi deseo era dar un cordero de un año como ofrenda,” dijo María, cambiando a Jesús a su otro brazo. Se ajustó el manto para cubrirle sus ojos del sol. Mirando a José por una respuesta, María notó un cansancio en su rostro. Habían estado caminando continuamente desde temprano por la mañana.

“Como no tenemos rebaños propios,” explicó José, “estas palomas son aceptables. Una será para la adoración y la otra para la ofrenda del pecado.”

María sonrió en silencio a medida de que pensaba en mañana. Más adelante estaba la inmensa ciudad y el alto templo elevándose del monte. José notó a María mirando, con los ojos ampliamente abiertos, arriba de las paredes de la fortaleza y las torres de más allá. Jerusalén era emocionante—el Gran Templo, los comerciantes y los mercados, soldados y gente extraña de tierras foráneas. Hoy por la noche José, María y Jesús dormirían dentro de estas paredes.

En el templo la mañana siguiente el saduceo sacerdote Simeón vio al trío caminando hacia él. Se sintió cansado pensando por qué se había levantado tan temprano e ido al templo este día. Simeón también notó que ellos sólo tenían palomas enjauladas para las ofrendas. “Buenos días Rabí,” dijo José. “Queremos dedicar a nuestro primogénito.” María se echó el manto para atrás para que Simeón pudiera ver al niño.

Simeón miró el pequeño rostro y una sensación de realización lo arrolló. éste era el niño especial, el que se había anunciado, ¡éste era el Ungido del Señor, el Mesías!

Simeón recordó sus años de espera. Recordó sus



tiempos de duda. Recordó la promesa clara del Espíritu, ahora cumplida ante él.

El anciano alargó las manos para tomar al niño. María colocó a Jesús en los brazos de Simeón y los ojos del viejo Rabí se llenaron de lágrimas al abrazar suavemente a su Dios.



Nosotros, como Simeón, hemos escuchado la promesa y también esperamos la venida del Señor en nuestra vida. Este niño pródigo también espera. Esperando a que nosotros mantengamos nuestra cita en ese momento y lugar especial cuando vayamos a “lo conocido.”